

2-42-34

MARCO AURELIO.

100



B

17

9/44

B-7-462

MARCO AURELIO.



DONADO Á LA BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA DE GRANA-
DA POR ✠ ✠ ✠ ✠ ✠ ✠
FRANCISCO LUIS HIDALGO
Y RODRÍGUEZ, EN MEMORIA
DE LA POETISA GRANADINA
D.^a ENRIQUETA LOZANO. ✠

R. 17792

PANEGIRICO

del

Célebre Español

MARCO AURELIO

Emperador XVII de los Romanos en los años desde CLXI hasta el de CLXXX de la era vulgar.

traducido

POR UN AMANTE DE LA FILOSOFIA

GRANADA.

Imprenta de J. M. Puchol.

1839.



15504

MARCO AURELIO

Esta obra es propiedad de su editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima,

GRANADA.
Imprenta de J. M. Puchol.
1899.

EL TRADUCTOR.

Mal avenidas la ignorancia y las preocupaciones con la claridad que dá á conocer los objetos, buscan las tinieblas que los oculta y confunde; semejantes en esto al ave nocturna, que evita la presencia del Sol, porque haría patente su deformidad.

En vano es que se haga la guerra á las luces, si la inteligencia humana, y el interés de los pueblos las perpetúan, y las libran de los estragos del tiempo que las

sepultáran en el olvido.

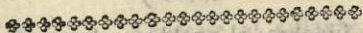
Pues que la filosofía no es otra cosa que el uso ordenado de la razón ¿Cómo podrá ser la causa de inquietudes, y calamidades públicas? Han abusado de su nombre, es verdad; hombres atrevidos la han profanado haciéndola instrumento de su ambición, pero ¿la hipocresía de las pasiones le alterará su esencia? Pura y semejante así misma es tan inalterable como la naturaleza. El resplandor espantoso del rayo, no es el fulgor del astro hermoso del día: los turbios arroyuelos, no son los manantiales clarísimos de las montañas, ni la atmosfera de

los subterráneos, es tampoco el céfiro aromático de las florestas.

La experiencia acredita esta verdad, y la historia con relación á la política nos presenta un Marco Aurelio, que filósofo, y emperador aun tiempo mismo ha reinado en nombre de la clemencia y de la razon. Su vida pública y privada refuta los sofismas del egoismo, desmascára á los impostores, y deja vencido al error, combatiéndole con los resultados.

Tan poderosos motivos me han estimulado á traducir el elogio de Marco Aurelio. ¿Que otra cosa conviniera mejor á nuestro inten-

to? ; Pluguese al cielo, que esta version correspondiera en todo al original, y que su lectura excitase en mis compatriotas el entusiasmo que causa el mérito de las acciones útiles, cuando son dimanadas de la aplicacion de los principios! Tales efectos habrá de producir un discurso, en donde la elocuencia está puesta en accion, en donde la virtud es la base del trono, y en donde la filosofia y la política bien halladas en el palacio de los Césares, obran de acuerdo y se abrazan como hermanas.



Marco Aurelio falleció en Viena, despues de haber reinado veinte años, y en el tiempo mismo en que hacía la guerra á los Germános. Su cuerpo fué llevado á Roma, en donde su entrada, recordando grandes virtudes, excitó el llanto y causó una afliccion general. El Senado bestido de luto salió al encuentro de la carroza

fúnebre; el pueblo y el ejército la acompañaban; en seguida del féretro veíase al hijo de Marco Aurelio; y este grandioso pero lúgubre aparato marchaba lentamente y con silencio. Repentinamente un anciano preséntase solícito entre la muchedumbre. Su estatura era alta y su aspecto venerable: todos le conocieron, era Apolonio filósofo estóico, apreciado en Roma, y mucho mas respetado por su carácter que por su edad avanzada. Estaba adornado de todas las virtudes rígidas de su secta, y habia sido además el maestro y el amigo de Marco

Aurelio. Acércase al cadaver, detiéndose, le mira tristemente y levantando de pronto la voz.

Romanos, dijo, habeis perdido un grande hombre, y yo he perdido un amigo. No vengo á mezclar mis lágrimas con sus cenizas, llórese en hora buena al hombre injusto, que causa el mal, y no puede repararle; pero aquel que ha sido virtuoso por espacio de sesenta años, y que en los veinte de su reinado ha sido constantemente útil á los hombres, aquel mismo cuya vida ha estado esenta de errores, y que colocado en un trono no ha tenido debilida-

des; aquel, en fin, que ha sido siempre bueno, justo, benéfico, generoso ¿por qué compadecerle? Romanos, la pompa fúnebre del hombre justo es el triunfo de la virtud que vuelve al Ser Supremo. Sea este acto célebre consagrado con nuestros elogios. Sé que la virtud no los necesita, pero serán el homenaje de nuestro reconocimiento. Los hombres grandes son partícipes en algunas cosas de la suerte de los Dioses. Colmados nosotros de sus beneficios, no tenemos para ellos recompensas, pero tenemos himnos. ¡Pueda yo al cabo de mi carrera, ecsaminan-

So la vida de Marco Aurelio, honrar ante vosotros los últimos momentos de mi existencia! Y tú, que presencias esta ceremonia augusta, que eres aun tiempo sucesor y eres hijo suyo, escucha las virtudes, y las acciones de tu padre. Vas á reinar. La adulacion te espera para alucinarte. Vas á oir una voz libre, y acaso sea por la última vez. No ignoras que tu padre me tenia acostumbrado á que le hablase como amigo; y no con la humillacion de un esclavo. Amaba la verdad: la verdad forma su elogio: ¡pueda algun dia constituir tam-

bien tu alabanza!

Las oraciones fúnebres comienzan siempre por la celebridad de los ascendientes, como si el hombre grande necesitara de un nacimiento ilustre, ó como si el que no lo es pudiera gloriarse de un mérito que no es suyo.

Guardémonos, Romanos, de insultar la virtud hasta el punto de creer que le sea indispensable, una ascendencia distinguida. Vuestra familia de los Césares os ha dado consecutivamente cuatro tiranos; y Vespasiano, que fué el primero que hizo resplandecer el imperio,

era nieto de un centurion. El Visabuelo de Marco Aurelio nació en la rivera del Tajo. Las distinciones con que vino á Roma fueron la sencillez, y las costumbres antiguas; virtudes que no se encuentran sino es á distancia del Capitolio. Esta heredad se conservó en su familia. Hé aquí cual fué la nobleza de este emperador. Sé que era pariente de Adriano, pero considero este honor, si lo es, como una distincion peligrosa. Me consta que se quiso hacerle descender de Numa, pero la elevacion de su alma desdennó esta extravagancia del or-

gullo: cifró su gloria en ser justo.

Demos gracias á los Dioses de que no hubiese sido desde un principio designado para el trono. El supremo poder ha sido mas veces funesto que útil para aquellos que le han ejercido. Fué grande, aunque nacido en una condicion privada. Acaso, si hubiera nacido príncipe, no habria sido mas que un hombre vulgar.

Todo contribuyó á perfeccionarle. Recibió desde luego esta primera educacion que siempre han estimado tanto vuestros antepasados, y que prepara al

alma un cuerpo sano y robusto. No le afeminó el lujo en su infancia : no se vió entre una multitud de esclavos, que observando sus miradas, se habrían creído honrados con obedecer sus caprichos. Se le hizo conocer que era hombre; y la primera lección que se le dió fué el habitarle á ser sufrido. La carrera, la lucha, los ejercicios militares acabaron de desarrollar sus fuerzas : se cubria de polvo en este mismo campo de Marte en donde se habían ejercitado vuestros Scipiones, Mários, y Pompeyos. Yo os recuerdo esta parte de su educación, Roma-



nos, por que esta institucion baronil comienza á decaer entre vosotros. Os asemejais ya á esos pueblos del Oriente en donde la molicie degrada al hombre desde su nacimiento y vuestras almas se encuentran sin el vigor que tuvieran, aun antes de que puedan conocerse; Romanos, se os insulta lisongeándoos, yo os hago ver mi estimacion diciéndoos la verdad. Con esta primera educacion Marco Aurelio habria sido solamente un soldado. Se le instruyó tambien en las ciencias. La lengua de Platon le fué tan familiar como la suya: la elocuencia le enseñó

á hablar á los hombres: la historia á juzgarlos: el estudio de las leyes le hizo ver cual es la base y el fundamento de los Estados.

Examinó todas las legislaciones, y comparó las leyes de todos los pueblos. No fué educado como aquellos á quienes se les elogia cuando todavía son ignorantes y débiles. Un respeto indebido no temió el fatigarle con una aplicacion continua. Una enseñanza severa sujetó su infancia al trabajo; y estuvo obligado á instruirse como un particular, aunque era pariente del Gefe del Imperio.

De este modo empezaba á formarse el Príncipe que debía gobernaros; pero la educación moral es la que perfecciona al hombre y constituye su grandeza; es la que ha dado al mundo un Marco Aurelio. Comenzó esta instrucción con su nacimiento: la frugalidad, la templanza, la afectuosa amistad, hé aquí los objetos que tuvo á la vista desde su niñez. ¿Qué digo? Se le apartó de Roma y de la Corte: se temió que le fuese nocivo este espectáculo funesto. Y en Roma, donde todos los vicios se reúnen desde las estremidades del Universo

¿cómo habría podido formarse un alma que debía ser austera y pura? ¿Habría aprendido á desdeñar el fausto en donde la pobreza misma no está esenta del lujo? ¿A despreciar los bienes de fortuna , en donde la riqueza es la medida del honor? ¿A ser humano, en donde el valimiento y el poder lo sacrifican todo á sus miras? ¿A tener costumbres; en donde el vicio ha perdido hasta el sonrojo que debiera siempre acompañarle? Los Dioses protectores de vuestro imperio libran á Marco Aurelio de este peligro. Su padre le trasportó á donde

estuviese como en depósito bajo la salvaguardia de las costumbres. Lejos de Roma aprendió cuanto era necesario para hacerla feliz á su tiempo ; lejos de la Corte mereció volvér á ella para encargarse de la autoridad suprema.

Un heredero codicioso se acuerda con gusto de todos aquellos que le han trasmitido riquezas; Marco Aurelio, adelantado ya en edad, tiene presente á cuantos en su infancia ha debido el ejemplo de alguna virtud. «Mi padre, nos referia, me enseñó á no ser afeminado: mi madre á desechar pensa-

mientos injustos : mi abuelo á ser benéfico : mi hermano á preferir la verdad á todas las cosas. Hé á qui, Romanos, por lo que dá gracias á los Dioses al frente de la obra en donde ha depositado todos los sentimientos de su corazon.

Bien presto sabios preceptores le instruyeron de todos los deberes del hombre, pero estas lecciones se las daban practicándolas. No se le decia ama á los desgraciados; se les socorria en su presencia. Nadie le dijo, haste acreedor á tener amigos, pero vió á uno de sus maestros sacrificar sus bienes

á un amigo abandonado de la fortuna. Yo ví á un guerrero que le daba lecciones de valor enseñándole su pecho acrivillado de heridas. Asi es , como se le hablaba de dulzura , de magnanimidad , de justicia , de firmeza en los designios. Yo tuve tambien la gloria de verme asociado á estos maestros ilustres.

Llamado á Roma, y encargado de instruirle, se me hizo saber que me presentase en Palacio. Si él no hubiese sido mas que un particular , yo habria concurrido á su casa ; pero creí que la primera lección que debia dar á un príncipe , era el

ejemplo de la dependencia , y de la igualdad ; esperé que viniese á buscarme. Perdona , ó Marco Aurelio ; pensaba entonces que no eras mas que uno de aquellos á quienes la suerte coloca ordinariamente en los tronos , te conocí bien presto ; y al tiempo mismo que esci- gias de mí lecciones , era yo el instruido muchas veces en nues- tras conferencias.

Aun no habia salido de la infancia , y el entusiasmo de la virtud estaba ya en su co- razon. Desde la edad de do- ce años su género de vida era el mas austéro. Llegado á los



tres lustros cede á su hermana única todos los bienes que habia heredado de su padre : á los diez y siete años fué adoptado por Antonino ; y (no lo dudeis, puesto que yo no os refiero sino lo que he presenciado) lloró por su grandeza misma.

¡O dia que miro como presente , aunque han pasado cuarenta años! Se paseaba por los jardines de la casa de su madre ; yo estaba inmediato á él ; hablabamos de los deberes del hombre , cuando vinieron á darle parte de su elevacion : le ví mudar de color , y le observé por bastante tiempo inquieto y tris-

te. Todos los de su familia le rodeaban enagenados de alegría. Sorprendidos de su amargura le preguntamos la causa; podéis no conocerla, dijo, cuando veis que voi á reinar!

Antonino fué desde entonces para él un nuevo maestro, cuyas grandes virtudes le escitaban á practicarlas. Respetada la sangre humana, florecientes las leyes, Roma tranquila, feliz el universo: tales fueron las nuevas lecciones que recibió Marco Aurelio en la serie dilatada de veinte años. Bastaban para formar un grande hombre, pero este grande hombre

debía tener un carácter que le distinguiese de todos vuestros emperadores; la filosofía solamente se lo ha dado.

Esta palabra filosofía me detiene y ocupa mi atención. ¿Cual es este nombre, sagrado en ciertos siglos, y detestado en otros; objeto ya de respeto, ya de odio, que algunos príncipes han perseguido con furor; y que otros le han colocado con ellos mismos sobre el trono? ¡Romanos! ¿Me atreveré yo á alabar á la filosofía en Roma, en donde tantas veces han sido calumniados los filósofos, y de donde han sido desterrados con tanta

frecuencia? Desde este pueblo, desde estos muros sagrados, hemos sido embiados á rocas en medio de los mares, y á islas desiertas: aquí mismo nuestros libros han sido consumidos por las llamas; aquí ha sido derramada nuestra sangre... La Europa, el Asia, y el Africa nos ha visto errantes y proscriptos buscar un asilo en los antros de las bestias feroces, ó condenados á trabajar con el peso y ruido de las cadenas entre asesinos y malvados. ¡Qué! ¿La filosofía será enemiga de los hombres y la calamidad de los estados? Romanos, creed á un an-

ciano que hace mas de ochenta años que ecsamina la virtud , y procura practicarla. La filosofía es el arte de instruir á los hombres para hacerlos mejores ; es la moral universal de los pueblos y de los Reyes, fundada sobre la naturaleza, y en el órden eterno de las cosas.

Mirad éste féretro : aquel á quien Morais era un sabio. La filosofía sobre el trono ha hecho la felicidad del Mundo por espacio de veinte años. En jugando las lágrimas de las Naciones asi ha refutado las calumnias de los tiranos. Vuestro Emperador se consagró á ella des-

de su infancia. No perdió el tiempo entregándose al ecsamen de conocimientos inútiles para el hombre. Vió desde luego que el estudio de la naturaleza era un abismo, y redujo toda la filosofía á la moral, y á las costumbres.

Echó una ojeada sobre las diferentes sectas que tenia á la vista : observó una que disponia al hombre á elevarse sobre si mismo ; y esta le descubrió, digámoslo así, un mundo nuevo, donde el placer y el dolor estan como aniquilados, donde los sentidos han perdido todo su poder sobre el alma, donde la

pobreza, las riquezas, la vida, la muerte no son nada, donde solamente reina y ecsiste la virtud.

Romanos, esta filosofía es la que os ha dado á Caton y á Bruto; ella es quien los sostuvo en medio de las ruinas de la libertad. Se estendió en seguida y se multiplicó en la época de vuestros tiranos. Parece que era necesaria para vuestros antepasados oprimidos, cuya vida incierta estaba continuamente bajo la cuchilla del despotismo. En estos tiempos de oprobio, ella solamente conservó la dignidad de la naturaleza humana.

Enseñaba á vivir; enseñaba á morir: y en tanto que la tiranía degradaba las almas, ella les daba nuevo ser comunicándolas valor y grandeza. Esta filosofía varonil fué siempre la filosofía de las almas fuertes. Marco Aurelio se entregó á ella con entusiasmo: desde este momento no tuvo mas pasión que la de habituarse á la práctica de las virtudes mas austéras. Todo lo que podia contribuir á este designio era para él un beneficio del Cielo. El dia que en su infancia oyó por la primera vez hablar de Catón fué para este príncipe el mas feliz de su

vida. Pronunció siempre con reconocimiento los nombres de aquellos que le habian dado á conocer á Bruto y á Traséas. Dió gracias á los Dioses porque le habian proporcionado que leyera las máximas de Epitecto. Su alma se unia á estas almas extraordinarias que habian existido antes que él. «Unid mi espíritu al vuestro, decia, alumbrad mi entendimiento, elevad mis ideas: que me acostumbre á no apreciar sino la verdad, á no ejecutar sino lo que sea justo.»

Para arraigar mas fuertemente la virtud en su corazón,

quiso conocer él mismo hasta el origen de sus deberes; quiso descubrir, si era posible, el verdadero designio de la naturaleza respecto del hombre. Aquí, Romanos, va á presentarse á vosotros bajo todos sus aspectos el alma de Marco Aurelio, vais á conocer el encadenamiento de sus ideas, y los principios en que apoyó su vida moral. No soy yo el que os pondrá á la vista este cuadro, es Marco Aurelio mismo. Voi á leeros una memoria escrita por su mano, hace mas de treinta años; no era todavía Emperador.

«Toma, me dijo, Apolonio,
 «guarda este escrito; y si alguna
 «vez me separo de los sentimien-
 «tos que ha trazado mi pluma,
 «sonrojame á la faz de todo el
 «universo.

Romanos, y tú sucesor é
 hijo suyo, vais á juzgar si Marco
 Aurelio ha conformado su con-
 ducta con estas grandes ideas,
 y si se ha desviado una sola vez
 del plan que ha creído obser-
 var en la Naturaleza.

Entonces el filósofo quedó
 suspenso por algunos instantes.
 La multitud innumerable que
 le escuchaba se estrechó por to-
 das partes para oirle mas de

cerea. A este movimiento general sucedió bien pronto un profundo silencio. Solo entre el pueblo y el filósofo, el nuevo Emperador estaba inquieto y pensativo. Apolonio con una mano estendida sobre el féretro, y teniendo en la otra un papel escrito por Marco Aurelio, continuó en fin y leyó lo que sigue.

*Coloquio de Marco Aurelio
consigo mismo.*

Yo meditaba por la noche. Examinaba en que consiste lo que es bueno, y sobre que está fundado lo que es justo. Mar-

co Aurelio, me decía yo, hasta ahora has sido virtuoso, ó al menos has querido serlo ; pero ¿quien te asegurará que tu voluntad será siempre la misma? ¿Quien te ha dicho que lo que llamas virtud lo sea en efecto? Me sobresaltó esta duda, y determiné subir, si era posible, á los primeros principios, para asegurarme de mí mismo y conocer la marcha que debe seguir el hombre. El parage y el tiempo favorecian mis reflexiones. La noche se presentaba obscura y tranquila. Todo estaba en quietud al rededor de mí. Oia solamente cerca de mi Pa-

lacio , deslizarse las aguas del Tiber. Pero este ruido sordo y continuo, era á propósito para la meditacion, y me entregué á conferenciar con mi espíritu en esta forma.

«Para conocer la virtud es menester saber de ante mano lo que es el hombre. Me pregunté á mí mismo ¿qué es el hombre? Reconocí en mí desde luego diferentes órganos , una inteligencia , y una voluntad, y me ví arrojado como de casualidad, y por una mano desconocida sobre la superficie de la tierra. Pero ¿cual es mi procedencia y quién

me ha colocado aquí? Para satisfacerme en este punto, me ví obligado á salirme, digámoslo así, de mí mismo, y á preguntar á la naturaleza. Entonces mis ojos se dirigieron á los objetos que me cercaban, y contemplé el Universo. Viendo esta reunion infinita de seres que le componen, estos mundos agregados á mundos, y yo tan pequeño y tan débil, confinado en un rincón de la tierra, y como perdido en la inmensidad, estuve desanimado por algun tiempo. ¿Qué pues, decia yo, seré algo en la naturaleza? La memoria de mi inteligencia

me réanimó en un momento: Marco Aurelio, lo que piensa no puede ser perdido en el caos de la confusión y de la muchedumbre.

En seguida yo continué mis indagaciones, y observándolo todo, examiné la marcha del Universo. Me sorprendió la armonía que advertía por todas partes. Ví que en los cielos, y sobre la tierra todos los seres se prestan mutuamente auxilio. ¿El Universo, me digo yo, es pues un todo inmenso cuyas partes se corresponden siempre? La magnitud y la sencillez de esta idea elevó mi alma. Bien

presto este órden admirable produjo en mí la idea necesaria de una causa. Para convinar tantos medios, y no formar, por decirlo así, de multitud de seres diferentes sino un ser único, es necesario una alma inteligente. Yo llamé á esta alma, alma Universal, la llamé Dios. Al pronunciar éste nombre experimenté una emoción religiosa, y el Universo me pareció ya en cierto modo sagrado. Atribuí, á esta causa todos los efectos. Observé que ha dado un caracter de unidad á todo lo que existe. Ella es quien ha dado tambien á esta multitud innu-

merable de seres, ya inanimados, ya sensibles, la ley que los une, para que contribuyan simultáneamente unos al bien de otros, y cooperen á la armonía general del Universo.

En los seres inteligentes es en donde me pareció que esta ley primitiva obraba con mas fuerza. Los hombres se atraen, ó se reúnen por un instinto secreto. Parece que el ser que piensa está abandonado y como solitario en medio del orbe físico, y que el pensamiento tiene necesidad de comerciar con el pensamiento. También yo distinguí una segunda cadena,

que es la cadena de las necesidades. Yo ví en fin á los hombres reunidos de un modo mas estrecho todavia. Para todas las almas no hay mas que una misma razon, asi como para los séres físicos no hay mas que una misma luz. Si no hay mas que una razon, no hay tampoco mas que una ley. Los hombres pues de todos los paises, y de todos los siglos están sometidos á la misma legislacion; todos son patricios en una misma Ciudad: Esta Ciudad es el Universo. Entonces me pareció ver caer al rededor de mí todas las barreras que separaran

á las Naciones, y no ví mas que una familia y un pueblo. Había conocido que por disposición de la naturaleza hay sociedad entre todos los hombres. Desde este momento me consideré relacionado por dos partes. Me ví como una pequeña fracción del Universo, sumergido en el todo, arrastrado por el movimiento general que impulsa á todos los seres: advertí en seguida que estaba como desprendido de este todo inmenso, y enlazado por medio de un vínculo particular con los hombres. Como parte del todo, Marco Aurelio, debes someterte con

resignacion á quanto sea el resultado del órden general: entonces tendrás constancia en los males, y valor, que no es mas que la sumision de un alma fuerte. Como parte de la sociedad, debes hacer todo lo que es útil al hombre: de este modo cumplirás con los deberes de amigo, de esposo, de padre, de ciudadano. Sufrir quanto te impone la naturaleza del Universo, hacer lo que ecsige tu naturaleza de hombre, he aquí tus dos principales reglas. Yo concebí entonces lo que era la virtud, y no temí alucinarme en lo succesivo.

Al llegar Apolonio á esta parte de su discurso dirigió la palabra al hijo de Marco Aurelio. Emperador, le dijo, lo que acabas de oír conviene á todos los hombres, y podia ser tanto la filosofía de Epitecto, como la de tu padre; pero lo que sigue habla contigo justamente: es la filosofía del Príncipe, es la de todos los hombres que sean dignos de reinar, y tambien debe ser la tuya. Escucha á tu predecesor y á tu padre.



Entonces continuó de este modo.

• Bien presto considerando todas mis ideas con relacion á mí mismo, quise aplicar estos principios á mi conducta. Habia conocido cual era mi destino en el Universo, ví tambien cual era mi destino en la sociedad, y observé con espanto que ocupaba el puesto peligroso de Príncipe. Marco Aurelio, si estuvieras confundido entre la muchedumbre solo serías responsable á la naturaleza; pero millares de hombres te obedecerán algun dia: el grado de

felicidad de que cada uno pueda gozar está señalado por el destino; todo lo que falte por causa tuya á esta comun ventura , constituirá tu crimen. Si se derrama una lágrima que hayas podido prevenir, eres culpable. La naturaleza indignada te dirá, yo te he confiado mis hijos para que contribuyeses á su dicha, ¿qué has hecho? ¿Por qué ha habido lamentos sobre la tierra? ¿Por qué los hombres han alzado sus manos al cielo pidiendo la terminacion de sus dias? ¿Por qué la madre ha llorado la muerte del hijo que acababa de nacer? ¿Por

qué la cosecha que yo habia destinado para alimento del pobre, le ha sido arrancada de su cabaña? ¿Qué responderás? Los males de los hombres dependrán contra tí, y la justicia que te observa, gravará tu nombre entre los nombres de los malos Príncipes.

Repentinamente exclamó el Pueblo *nunca, nunca*. Mil voces se oyeron decir aun tiempo, la una : tu has sido nuestro padre ; otra, no toleraste opresores ; otras, has aliviado nuestros males ; y millares de hombres prorrumpieron en estas alabanzas : te hemos bendecido

te bendeciremos : ¡O sabio, ó clemente, ó justo Emperador! ¡Qué sea santificada tu memoria, qué sea venerada en todos los siglos!

Lo será replicó Apolonio, y lo será en todos los tiempos; pero sobresaltándose de los males que hubiera podido causaros es como ha conseguido haceros felices, y merecer estas aclamaciones que resuenan al rededor de su féretro.

Escuchad lo que añade.

•Para evitar el que tu nombre se vea mancillado, conoce tus deberes; se estienden á todas las Naciones; renacen á cada hora

y á cada instante. Solo la muerte de un ciudadano termina tus obligaciones hácia él; pero el nacimiento de otro te impone un nuevo deber.

Consagra el dia á los negocios, porque es el tiempo destinado para el trabajo: muchas veces deberás velar por la noche, porque el crímen vela en tanto que el Príncipe duerme. Es necesario proteger la debilidad, es indispensable encadenar la fuerza. No pienses, Marco Aurelio en distracciones; no las habrá para tí, sino cuando no haya desgraciados ni culpables.

Asombrado de mis deberes, quise conocer los medios con que me hallaba para cumplirlos, y se aumentó mi sobresalto. Ví que mis obligaciones excedían á las fuerzas de un hombre, y que mis facultades se limitaban á las de una persona solamente. Sería preciso que la vista del Príncipe pudiera estenderse á distancias inmensas, y que todas las partes de su Imperio estuviesen reunidas en un solo punto con inmediacion á su trono. Sería preciso que pudieran serle conocidas aun tiempo mismo todas las penalidades, todas las quejas, todas las

peticiones de sus súbditos. Sería preciso que su poder fuese tan pronto como su voluntad, para que destruyera y combatiere sin cesar todas las fuerzas que luchan contra el bien público; pero el Príncipe tiene órganos tan débiles como los demás. Marco Aurelio, entre la verdad y tú mismo, habrá continuamente ríos, montañas, mares; muchas veces no estarás separado de ella, sino por las paredes de tu Palacio, y no llegará jamás á ti. Pedirás auxilio, pero este servicio mismo no será sino un remedio imperfecto á tu debilidad. La acción

confiada á brazos estraños, ó se entorpece, ó se precipita, ó muda de objeto. Ninguna cosa se ejecuta como el Príncipe la ha concebido; nada le es dicho como es en realidad y como el mismo la habría considerado. Se exagera el bien, se disminuye el mal, se justifica el crimen, y el soberano siempre débil, ó engañado, espuesto á la infidelidad ó al error de todos aquellos á quienes ha encargado ver y oír, se encuentra continuamente colocado entre la imposibilidad de conocer y la necesidad de obrar. Despues de haber considerado mis sentidos,

pasé al ecsámen de mi razón,
 y la comparé tambien con mis
 deberes. Heché de ver que para
 gobernar bien sería indispensa-
 ble una inteligencia casi divina,
 que sería preciso conocer á pri-
 mera vista todos los principios
 y su aplicacion, que no debe-
 ría animarme prevencion al-
 guna por mi pais, por mi si-
 glo, ni por mi clase, que ha-
 bría de juzgar de todo segun
 la verdad, y nada segun las
 convenciones. ¿Basta para esto
 la razon de un hombre? ¿Basta
 la mia?

En fin, yo ecsaminé si po-
 dia contar con mi voluntad. In-

quiere de tí mismo , me digo, si todo lo que te rodea no tiene imperio sobre tu alma para corromperla ó alucinarla. Marco Aurelio (y al llegar á esta parte Apolonio fijó un momento la vista en el nuevo Emperador) tiembla principalmente cuando estes en el trono : millares de hombres procurarán privarte de tu voluntad para darte la suya ; pondrán sus pasiones viles en lugar de tus pasiones generosas. ¿Qué serás entonces? El juguete de todos. Obedecerás creyendo mandar; tendrás el fausto de un emperador y el alma de un esclavo. Sí,

tu alma no te pertenecerá, será del hombre despreciable y atrevido que se haya hecho dueño de tí. Estas reflexiones me pusieron en un estado de desesperacion. ¡ O Dios ! exclamé, pues que la especie humana que has puesto sobre la tierra, tenía necesidad de ser gobernada ¿ por qué no le has dado sino hombres para reinar sobre ella ? ¡ O ser benéfico ! yo reclamo aquí tu compasion en favor de los príncipes: son talvez mas dignos de conmisericion que los pueblos ; porque es sin duda mucho mas horrible causar el mal , que sufrirlo.

En este momento , yo deliberé si renunciaría á este poder dañoso y terrible , y por un poco tiempo estuve resuelto: sí , estuve resuelto á abdicar el imperio...

Al proferirse estas palabras los Romanos que atendian con un profundo silencio , se mostraron llenos de terror , como si se viesen amenazados de perder á su Príncipe: olvidaban que este grande hombre no existía. Prontamente se disipó esta ilusion ; se hubiera dicho entonces que le perdian segunda vez. En movimiento tumultuoso se inclinaron todos hacia

el féretro; mugeres, niños, ancianos se precipitaron sobre él. Todos los corazones estaban conmovidos, todos los ojos derramaban lágrimas, un murmullo confuso de dolor se notaba en este inmenso concurso. Apolonio mismo se sobrecogió; el manuscrito cayó de sus manos: abrazó el orador las yertas cenizas. La presencia de este anciano afligido pareció aumentar el unánime sentimiento: poco á poco fué terminando esta inquietud. Apolonio volvió en sí como un hombre que sale de un letargo, y todavía perturbado por el dolor, recogió los

papeles , y continuó de este modo con voz trémula y agitada.

«No me detuve mucho tiempo en este proyecto de renunciar el imperio. Ví que la voluntad de los Dioses me llamaba á servir á la patria , y que debía obedecer. ¿Y qué, decia yo, se castiga con la muerte al soldado que abandona su puesto, y yo dejaria el mio? ¿La necesidad de ser virtuoso en el trono es lo que me intimida? Entonces me pareció oír una voz en secreto que me dijo: «Procedas como quieras serás siempre un hombre: ¿Pero concibes bien á qué grado de per-

- feccion se puede llegar? Observa la distancia que hay entre Antonino y Neron. «Entonces me animé, y no pudiendo dar estension á mis sentidos, resolví buscar todos los medios de engrandecer mi alma, es decir, de perfeccionar mi razon y asegurarme de mi voluntad: estos medios los encuentro en la idea misma de mis deberes.

Marco Aurelio, cuando Dios te pone á la cabeza del género humano, te asocia en parte al gobierno del Mundo. Para gobernar bien debes penetrarte del espíritu mismo de

Dios. Elévate hasta él, medita en este gran Ser; ve á conocer en su seno el amor del orden y del bien general; que la armonía del Universo te dé á entender cual deba ser la armonía de tu imperio. El error y las pasiones que dominan á tantos hombres y á tantos Príncipes, se aniquilarán para tí; no te se presentarán sino Dios, tus deberes, y esta razon suprema que debe ser tu modelo y tu ley.

Pero la voluntad de seguirla en todo no te basta, es necesario que el error no pueda alucinarte; entonces comencé á

hacer un ecsamen de mis opiniones, y comparé cada una de mis ideas con la idea eterna de lo verdadero y de lo justo: ví que lo que era útil á la sociedad constituia el bien, y que el mal era solamente lo que le era contrario. Ecsaminé los males físicos, y no perciví sino el efecto inevitable de las leyes del Universo. Quise al instante meditar sobre el dolor; estaba ya bien entrada la noche; la necesidad del sueño entorpecia mis facultades; resistí algun tiempo; en fin me ví obligado á ceder y me dormí, pero en este intervalo creí ha-

ber estado soñando ; me pareció haber visto reunidos en un espacioso pórtico una multitud de hombres , cuya presencia era augusta é imponente. Aunque yo no habia vivido en su tiempo , sus facciones no me eran desconocidas ; y me recordó la memoria que yo habia contemplado muchas veces sus estatuas en Roma. Los miraba á todos , cuando una voz clara y fuerte resonó por el pórtico diciendo :
** Mortales , aprended á sufrir . **
 Entonces yo ví que habiéndose presentádo llamas y carbones encendidos ante uno de ellos , puso este con serenidad su ma-

no en el fuego; se trajo á otro veneno, bebió, é hizo una libacion á los Dióses; otro estaba al lado de una estatua de la libertad hecha pedazos, tenia en una mano un libro, y en la otro una espada; mas distante distinguí un hombre ensangrentado, pero mas sereno y mas tranquilo que sus verdugos; corrí á él exclamando: ¡O Regulo! ¿Eres tú? No pude sostener el espectáculo de sus padecimientos; y volví hacia otra parte la vista. A este tiempo divisé á Fabricio en la pobreza, á Scipion moribundo en su destierro, á Epitecto escri-

biendo entre cadenas, y á Séneca, ya Traséas con las venas abiertas, y viendo derramarse su sangre con ánimo sosegado. Cercado de todos estos grandes hombres que veia en el infortunio, no pude contener mi llanto; parecieron estrañarlo. Uno de ellos, fué Caton, se llegó á mí y me dijo: *«no nos compadezcas; imítanos; y aprende á vencer el dolor.»* No obstante le observé dispuesto á volver contra sí el acero que tenia en su mano; quise contenerlo, temblé y desperté. Reflexioné sobre este sueño, y concebí que estos pretendidos males no

debían conturbar mi espíritu: resolví ser hombre, sufrir, y ocuparme en hacer el bien.

Pero hay, dijo, Apolonio males mas sensibles, y que obran sobre el alma mas inmediatamente; la ingratitud, la ofensa, la calumnia, los vicios en fin de los malos que nos atormentan y fatigan. Marco Aurelio se pregunta asi mismo si todos estos hombres viles ó crueles merecen de nuestra parte algun beneficio.

Filósofo, dijo con aspereza el joven emperador, y yo tambien te hago la misma pregunta.

Emperador, contestó Apolonio, vci á leerte la repuesta de tu predecesor y de tu padre. Calculaba en silencio todos los males que el hombre ha causado á su semejante, y se decia asi mismo: el movil de tu alma debe ser la virtud; debe estar contigo y no en el alma de los demas. Se te ofende ¿qué importa? Dios es tu legislador y tu juez.. ¡Hay malos! Te son útiles; sin ellos ¿qué necesidad tendrias de los sentimientos benéficos del corazon? ¡Te quejas de los ingratos! Imita á la Naturaleza; que generosa con los hombres no espera nada.

de ellos, ¿Pero el insulto? La injuria envilece á quien la hace y no al que la recibe. ¿Y la calunnia? Dá gracias á los Dioses de que tus enemigos, para hablar mal de tí tengan que valerse de la mentira. ¿Pero la afrenta?.. ¿Hay afrenta para el hombre justo?

Resolvió pues si era preciso, desagradar á los hombres para servirlos; consintió en serles odioso para serles útil.

Habia pesado los males, quiso pesar los bienes. Yo me pregunté, dijo, que era la reputacion: una voz que resuena y muere en un rincon de la tier-

ra., ¿Y las alabanzas de la Corte? Un tributo del interés al poder, ó de la bajeza al orgullo., ¿Y de la autoridad? La mayor de las desgracias para quien no es el mas virtuoso de los hombres.. ¿Y la vida?.. En este momento heché de ver, en el parage donde meditaba, uno de estos instrumentos sencillos que miden el tiempo. Mi vista le contempló: observé estos granos de arena, que al caer, señalaban las porciones de la duracion: Marco Aurelio, me dice yo, es el tiempo: Si te se ha concedido es para ser útil á los hombres: ¿ que has hecho

hasta ahora por ellos? La vida desaparece, los años se precipitan, caen unos sobre otros como estos granos de arena. Apresúrate; estás colocado entre dos abismos, el del tiempo que te ha precedido, y el del tiempo que debe seguirte. Entre estos dos abismos, tu vida es un punto; que sea pues señalado por tus virtudes: sé benéfico, ten libre el alma, desprecia la muerte,

Al pronunciar esta última palabra (me lo ha repetido muchas veces él mismo) sintió conmovérsele el ánimo. Reflexionó un momento y continuó

¡Qué! ¡Te espanta la Muerte!
 Morir ¿será acaso otra cosa que
 una acción de la vida y la mas
 fácil tal vez? La muerte es el
 fin de los combates, es el mo-
 mento en que puedas decir, mi
 virtud es pertenencia mia; es
 ella quien te libertará del ma-
 yor de los peligros, cual es el
 de llegar á ser un malvado.
 Marco Aurelio, estás embarcado
 y cuando veas que has llegado
 al puerto, sal del buque y da
 gracias á los Dioses sobre la
 rivera.

Asi es como recorrió sucesi-
 vamente casi todos los objetos
 que inquietan y sobresaltan al

hombre, para aprender á juzgarlos, y conformar en un todo sus miras con las de la Naturaleza: desconfiando justamente de las opiniones se habia prevenido contra ellas; quiso prevenirse tambien contra la limitacion de los sentidos. Príncipe, parece en efecto que el hombre combate y está en oposicion^a consigo mismo. Mi razon constituye mi fuerza, pero mi debilidad es la obra de mis órganos. Mi razon me eleva hasta las ideas del órden y del bien general; mis sentidos me inclinan á miras personales y hacen que descienda hasta ocuparme de

mi interés propio. De este modo me engrandece mi razon y me envilecen mis órganos. Tu padre para llegar á ser libre, quiso hacerlos esclavos. Desde el mismo instante se entregó á un género de vida austéro , y reflexionó de esta manera consigo propio.

Yo venceré mis pasiones, y de éstas la mas terrible, porque es la mas deliciosa; el amor de la sensualidad. La vida es un combate, y es preciso luchar continuamente: evitaré el lujo, porque la molicie que le es inseparable enerva el alma por medio de todos los sentidos, me



apartaré de él, porque el fausto en un príncipe agota tesoros sin mas fundamento que el satisfacer caprichos. Viviré con poco como sino fuera rico; aunque Soberano, mis necesidades son las de un hombre. Concederé al sueño el tiempo que sea meramente indispensable ; me diré todas las mañanas: he aquí la hora en que los crímenes aletargados se despiertan, ahora las pasiones y los vicios se apoderan del Universo, ahora el infeliz renace al sentimiento de sus penas, ahora el oprimido inquietándose en su calabozo, se encuentra de nue-

vo con el peso de sus cadenas. La virtud, la beneficencia, la autoridad sagrada de las leyes deben despertarse en el mismo instante: que los trabajos y no otra cosa sean las distracciones de mis tareas. Si el estudio y los negocios no me dejan tiempo alguno libre, el placer no encontrará vacío de que pueda aprovecharse.

Al llegar á este punto, Cónmodo con voz alterada interrumpió nuevamente á Apolonio, y le dijo: ¿No son permitidos todos los placeres á un Príncipe?.. Tu padre se ha hecho la misma pregunta, con-

testó el fillósofo , y he aquí lo que se ha respondido.

No , Marco Aurelio , no estarás privado de todos los placeres ; y los Dioses te han reservado los mas íntimos y mas puros. Tus placeres serán consolar en la afliccion , suavizar el infortunio ; tus placeres serán aliviar con cuatro palabras una provincia , poder hacer dichosas todos los dias á doscientas Naciones. Dime , ¿preferirás tú á todo esto la molicie de la sensualidad , los espectáculos de los gladiadores , ó la diversion bárbara de ver combatir á semejantes tuyos con bestias fe-

roces? Cada instante está destinado para un deber, cada deber será para tí la causa de un goce nuevo.

Príncipe, tal fué la respuesta de tu padre á la pregunta que me has hecho.

Habia visto lo que la naturaleza ecsigia de él; habia conocido á Dios, ecsaminado su alma, su razon, su destino en el Universo, su destino en la Sociedad, sus deberes de hombre, sus deberes de Príncipe. Habia procurado fortificar su espiritu contra todos los obstaculos que pudieran algun dia retardarlo en sus operaciones. En-

tonces levantó sus manos al Cielo y dijo: (y tú tambien joben Emperador dí con él):
 ¡ O gran Dios ! No has hecho á los Reyes para ser opresores ni á los pueblos para ser oprimidos. Me has dotado de una voluntad activa para perfeccionarme, combatir, y vencerme: por ello solo te pido lo que no puedo darme á mi mismo que es el conocer y oír la verdad; te pido el bien mas necesario á los Reyes: amigos. Haz que Marco Aurelio muestre antes de que llegue á ser injusto.

Uolvió en si mismo; cono-

ció que habia pasado la noche, y que el Sol no tardaría en iluminar el horizonte. El pueblo en multitud discurría ya por las calles de Roma, ya oía las aclamaciones que anunciaban el que Antonino marchaba hacia la plaza pública.

Yo salí, para ir á unirme con mi padre; en toda la serie de sus acciones observé que practicaba lo que yo habia resuelto hacer, y me sentí nuevamente estimulado á la virtud.

Los Romanos habian prestado atención con un profundo silencio. Durante esta lectura

sus corazones estaban llenos á su vez de pesar, de admiracion y de ternura. Habian visto obrar á este grande hombre, habian sido testigos de sus virtudes por espacio de cuarenta años; pero ignoraban sus principios. Sus ojos mas tristemente se fijaron sobre sus cenizas, y bien presto, como por un movimiento involuntario, se dirigieron, casi en el mismo instante al hijo de Marco Aurelio, que no merecia serlo, y que bajó avergonzado la vista.

Hijo de Marco Aurelio, exclamó Apolonio, estas miradas vueltas hacia tí, te preguntan

si serás semejante á tu padre; no olvides las lágrimas que vez derramar, y (volviéndose hacia el pueblo) suspendamos dijo, nuestros pesares para acabar de hacer homenaje á sus virtudes: no le he mostrado bajo todos sus aspectos; es necesario verle fiel á sus principios, seguir el plan que se ha trazado, y aplicar, durante veinte años, á la felicidad del Mundo, las ideas de moral que la filosofía le había sugerido antes de su elevacion al trono.

Marco Aurelio ha visto que la naturaleza ha puesto un espíritu general de sociedad entre

los hombres; ve que le es inherente la idea de la libertad, porque no existen esta ni aquella donde solo hay un amo y esclavos; tambien la propiedad, porque sin la seguridad de las posesiones no hay órden social; no hay justicia, porque solo esta puede restablecer el equilibrio que procuran romper las pasiones; en fin, no hay beneficencia universal, porque asociada la especie humana, no hay hombre vil á los ojos de la naturaleza, y en su virtud, si todos no tienen derecho á la misma consideracion, le tienen ciertamente á la misma felici-

dad. Tal ha sido el plan general de su reinado.

Comienzo por la libertad, Romanos, porque la libertad es el primer derecho del hombre, el cual consiste en no obedecer ni temer mas que á las leyes. ¡Infeliz del esclavo que temiera pronunciar su nombre! ¡Desgraciado el pais en donde! pronunciarle fuera un crimen. Lo era en tiempo de vuestros tiranos; pero qué han producido sus crueldades? Han sofocado este sentimiento generoso en el corazon de vuestros padres. Se le podrá combatir; no se le puede destruir, subsistirá por

donde quiera que haya almas fuertes ; se conserva en la opresion , no le intimida la esclavitud , renace bajo la cuchilla de los Lictores. En tanto que lo apreciéis ¡O Romanos! tendreis valor y virtudes. Marco Aurelio al subir al trono conoció este derecho sagrado : vió que el hombre , libre por la naturaleza , pero con la necesidad de ser gobernado , se habia sometido á leyes , y no á los caprichos de un déspota ; que ningun hombre tiene el derecho de mandar arbitrariamente ; y que todo el que se atribuye este poder , destruye por el solo

hecho , la autoridad misma de que está rebestido. Habia visto en vuestros anales los padecimientos de vuestros antepasados en la desgraciada época de Tiberio , y de Nerón , es decir, el despotismo de estos monstruos, bajo el cual no habia otra virtud que la de saber morir; igualmente el despotismo todavía mas horroroso de los libertos, la opresion en el Imperio, el Universo esclavo, un hombre que con el nombre de Emperador lo aniquilaba todo, porque se hacía un céntrico único y parecia decir á las Naciones: mios son vuestros bienes , mia

vuestra sangre , vuestro destino el padecimiento y la muerte. Yo se, Romanos, que nunca habeis dado ni podido dar, estos derechos odiosos á vuestros emperadores; pero una vez que son á un tiempo príncipes, magistrados, pontífices, y generales, ¿quien pondrá freno á su poder sino se lo ponen ellos mismos? ¡O Dios! ¿por qué doscientas Naciones habrán de ser desgraciadas si acontece que un solo hombre no sea virtuoso? Armado Marco Aurelio con toda la fuerza del despotismo, renuncia á él voluntariamente. Para no abusar de

su autoridad la limita por todas partes, y aumenta la de las leyes : que muchos emperadores habian querido aniquilar; hace valer la de los Magistrados, que frecuentemente no eran otra cosa que autómatos ó esclavos.

Nunca en su tiempo se atrevió un Senador ó un Ciudadano á decir que el Príncipe era superior á las leyes. Desventurado, le habría dicho Marco Aurelio ¿qué te he hecho yo para que me envilezcas? Sabe que la sumision á ellas me honra; sabe que el poder decretar la injusticia es debilidad»

Romanos , no temo decirlo, jamás vuestros antepasados han sido mas libres que vosotros, ni en el tiempo floreciente de la república, ni en la época de vuestros cónsules. ¿Qué importa el ser gobernado por uno, ó por muchos? Reyes , Dieta-dores, Cónsules, Decenviros, Emperadores, todos estos nombres diferentes vienen á ser una misma cosa; designan solamente los ministros de la ley; La Ley lo es todo; la constitucion de los estados puede mudar; los derechos del ciudadano son siempre unos mismos: son independientes tanto del

ambicioso que usurpa como del miserable que se vende; fundados sobre la naturaleza son tan inalterables como la naturaleza misma.

Puedo atestiguar con todos vosotros, y preguntaros si Marco Aurelio ha oprimido jamas á persona alguna. Si ha habido uno solo en este caso, que se presente y me desmienta.

Todo el pueblo dijo á un mismo tiempo : *ninguno, ninguno.*

Puedo preguntaros tambien si en la serie de su reinado ha habido uno solo entre vosotros que haya sido oprimido

por estos libertos de palacio, que se hacen esclavos para ser tiranos, que mandan insolentemente por estar obligados tambien á obedecer , y que revestidos de un poder que no es suyo , ansiosos por gozar , é inciertos de su ecsistencia política , violentan todos los resortes , y precipitan la servidumbre pública. Decid , Romanos , ¿ha ecsistido alguno de estos en el tiempo de su reinado?

Todos exclamaron: *ninguno, ninguno.* Entonces continuó: Gracias á los Dioses inmortales , habeis tenido en Marco

Aurelio un Príncipe sabio y virtuoso que ni os engañó jamas, ni permitió que os tiranizaran.

Para que siempre fuéreis libres, no dejó que le dominasen, ni que mandáran en su nombre: defendia vuestra libertad contra si mismo, la defendió contra todos aquellos que rodeaban el trono. ¿Pero de qué os hubiera servido esta libertad, si al mismo tiempo, no se hubiese asegurado la propiedad de vuestros bienes? Mas qué digo ¿puede ecsistir una de estas dos cosas cuando falta la otra? Cier-

tamente ha habido un tiempo en que Roma y el imperio estaban en manos del pillage; un tiempo en que las confiscaciones arbitrarias, las esacciones odiosas, las prodigalidades sin causa ni objeto, y las continuas depredaciones afligian las familias, agotaban las provincias, desnudaban al pobre, y hacian que fuesen devoradas las riquezas del Estado por un déspota codicioso, ó por algunos favoritos que participaban de este mismo despojo: Hé aquí una corta porcion de los males que han sufrido vuestros antepasados. ¡Y qué! ¿Sí

reináran siempre unas calamidades de esta especie, no valdría mas trasladarse á los bosques y hacer la vida de las bestias salvages? Al menos una mano inhumana no iria á quitarle al hombre empobrecido su alimento. El antro que eligiese le serviria de asilo, y podría decir : la roca que me guarda y el agua que me refresca son mias ; no pago ahora el aire que respiro. Ninguno de vosotros, Romanos, en el reinado de Marco Aurelio, se ha visto en el caso de formar unos votos semejantes.

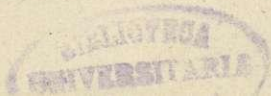
Este Emperador reprime des-

de luego la tiranía sorda del fisco contra los Ciudadanos; especie de guerra en que las mas veces se hace combatir la ley contra la justicia, y al soberano contra los súbditos. No se admiten las acusaciones que no tienen otro objeto que el acrecentamiento de sus rentas. Se decide en contra suya todo derecho de su tesoro que puede ser equívoco. Prohíbe las confiscaciones, como un abuso bárbaro que castiga al hijo inocente por los crímenes del padre, como un abuso peligroso que anima á calificar culpables en donde quiera que hay

hombres ricos. No quiere que los delitos sean el patrimonio del príncipe, ni que el Gefe de la Patria encuentre un provecho vergonzoso en aquello mismo que la entristece. Estos actos de virtud y justicia se estienden tambien al tesoro público. Le habeis visto en necesidades urgentes perdonar cuanto le era debido luego que se hubo hecho cargo de que el impuesto era gravoso. Cuando se aumentaban las necesidades, entonces multiplicaba los beneficios en favor de los pueblos. Pero hablando de Marco Aurelio me sonrojo de hacer uso de

un language que la adulacion ha consagrado á los príncipes. Llamaba acciones justas las que yo denomino benéficas. No, el Estado no tiene derecho sobre la miseria; sería tan vergonzoso como bárbaro querer enriquecerse á costa de la pobreza misma, siendo un absurdo tomar la escasa fortuna del indigente para que la reciba el que lo tiene todo. En su tiempo, el labrador fué respetado; el hombre que no tenia mas que su persona pudo gozar del fruto de sus afanes: la molición y el lujo pagaron en esacciones lo que la pobreza pagaba con

su trabajo. Tenemos de él un ejemplo el mas plausible. En el apuro de atender á enemigos encarnizados y viendo con necesidades á los pueblos que mandaba, se impone asimismo, Romanos, las contribuciones que no habriais podido satisfacer sin empobreceros. Se le pregunta donde están los tesoros para la guerra: vedlos aqui, dijo: señalando los muebles de su palacio. Desnudad estas paredes, quitad estas estatuas y estos cuadros, llevad estos basos de oro á la plaza pública; que todo sea vendido en nombre del Estado; que



esta profusion, adorno del palacio de los Césares, sirva para la defensa del Imperio. Yo estaba á su lado cuando daba y se ejecutaban estas órdenes ; no pude menos de sorprenderme. Vuelto hacia mí «Apolonio, me dijo; ¿por qué con esa admiracion te haces semejante al vulgo? ¿Sería mejor que en lugar de estos basos de oro, hiciese vender los utensilios de barro del pobre, y el trigo que alimenta á sus hijos?.. Amigo mio, continuó un momento despues, podrá ser que estas riquezas hayan costado lágrimas á veinte Naciones ; esta venta será

una ligera espiacion de los males causados á la humanidad.»

Romanos, estas habitaciones desmuebladas, estas paredes casi desnudas tenian para vosotros mas esplendor y grandeza que los alcazares de oro de vuestros tiranos. La casa de Marco Aurelio, en este estado se asemejaba á un templo augusto que no tiene otro adorno sino la Deidad misma que le habita. Generoso con sus bienes propios tuvo el valor de no dar ó reusar á los demas aquellas cosas de que no debia disponer. Logró preservarse de esta munificencia, que es algu-

nas veces la enfermedad de las almas fuertes ; seduccion otro tanto mas peligrosa cuanto nos pinta la liberalidad como virtud , pero que si de ella resulta la felicidad de un hombre , causa comunmente la desgracia de muchas familias.

Los malos Emperadores ganaban con dádivas los egércitos , para procurarse por este medio un apoyo contra Roma ; y el oro prodigado á los soldados , servia para forjar las cadenas que el despotismo estendia sobre el Universo. Marco Aurelio se habria avergonzado de comprar los egércitos del im-

perio contra el imperio mismo. Les concede, en nombre del Estado, todo lo que les debe el Gobierno, pero no les dá cosa alguna en nombre del Príncipe; no quiere que enriquecidos por sus manos, se acostumbren á separar la cualidad de Ciudadanos de la clase particular de guerreros.

Iba á continuar Apolonio, cuando un centurion que se hallaba inmediato, le interrumpió de este modo: «Filósofo, dijo, tratándose de nuestro grande Emperador, permite á un soldado que refiera una aneodócta que acaso ignorarás. Estábamos

en Germania; y acababamos de conseguir una victoria. Le pedimos una distribucion de dinero ; he aquí lo que nos respondió : (lo tengo bien presente ; estaba en el campo de batalla , y tenia en una mano su casco agugereado por los dardos de los contrarios)» Amigos míos, nos dijo , hemos vencido ; pero si os empeñais en tomar el despojo de los Ciudadanos ¿de que sirve al estado vuestra victoria? Todo lo que yo añadiera á la parte que os corresponde , sería sacado de la sangre de vuestros amigos , y de vuestros padres.» Nos aver-

gonzamos, y no insistimos en nuestra peticion.

Bien presente estaba en mi memoria esa repulsa memorable, dijo Apolonio: pero he querido que fuese mas bien un guerrero el que la noticiase al pueblo romano.

Entonces continuó su discurso; habló de la justicia y del modo con que Marco Aurelio hacía que se administrase en Roma. ¿Qué se adelanta dijo, con que el Gefe no sea opresor ni tirano, si los particulares se oprimen unos á otros? Sino tuviese freno el despotismo de cada Ciudadano, la ti-

rania individual no sería menos terrible que el despotismo del Príncipe. Por donde quiera que el interes personal ataca al interés de todos, los bienes de unos y otros estan sin seguridad, luchan las pasiones; solo la justicia es quien refrena y prebiene la anarquía. Romanos exclamó ¿por qué entre los hombres todo lo que es causa del bien puede serlo tambien del mal? Esta justicia santa, apoyo y garante de la sociedad, se habia convertido en tiempo de vuestros déspotas en el mismo principio de su destruccion. Habian aparecido dentro de

vuestros muros unos hombres osados que bajo el pretesto de vengar las leyes, las infringían, se alimentaban con las acusaciones, traficaban con las calumnias, y siempre estaban dispuestos á vender la inocencia al odio, á la riqueza, á la avaricia. Entonces todo era crimen de Estado. Era un delito reclamar los derechos del hombre, alabar la virtud, compadecer á los desgraciados, y cultivar las artes que dan elevación al alma: era peligroso invocar el nombre sagrado de las leyes. Las acciones, las palabras, y hasta el silencio mis-

mo, todo se interpretaba, y era un motivo de acusacion. ¿Qué digo? Se escudriñaba tambien el pensamiento; se le desnaturalizaba para que apareciese culpable. De este modo el arte de las delaciones lo envenenaba todo, los delatores se hacían poderosos con la fortuna pública, y hasta el premio y rango que obtenian eran proporcionados al cúmulo de su oprobio y de su vileza. ¿Qué recurso queda ya en un Estado, cuando la inocencia padece en nombre de las leyes que deben protegerla? Frecuentemente ni aun se respe-

taba la vana fórmula de las leyes : el poder arbitrario apri-
sionaba , desterraba , ó levanta-
ba suplicios segun las miras
que le impulsaban. Estais mui
bien persuadidos, ¡o Romanos!,
de que Marco Aurelio detestó
esta justicia tiránica, que subs-
tituye la voluntad de un hom-
bre á la voluntad de la ley,
que somete el honor, la vida,
y los bienes al error ó á la sor-
presa ; cuyos golpes son otro
tanto mas terribles, quanto son
dados en silencio, como á es-
condidas, sin verse la mano de
donde parten , y sin ser pre-
cedidos de señal alguna ; mas

funestos por esta razon que el rayo anunciado por la tempestad. Perecian de esta suerte muchos, al paso que otros infelices separados de todo el universo, y no conservando la vida sino para morir á cada instante quedaban bajo el peso de sus cadenas, ignorando su acusador y su crimen, lejos de la libertad cuya augusta imagen estaba siempre con un velo ante su presencia, y apartados de la ley, que, en cualquier caso debe responder al grito del hombre desventurado que la invoca. Marco Aurelio consideraba todas las for-

malidades de las leyes como otras tantas barreras que la prudencia opone á la injusticia. En su tiempo desaparecieron esos crímenes de lesa magestad, que no se multiplican sino en el reinado de los malos principes. Toda delacion era trasferida al acusado con el nombre del delator: era un freno para los hombres viles; era un antemural para aquellos que no tienen nada que temer desde que les es permitido defenderse.

Ciudadanos, el infeliz á quien se persigue va á refugiarse á los templos, ó abraza los altares de los Dioses. En la época

de Marco Aurelio, vuestros asilos y vuestros templos han sido los tribunales de vuestros magistrados. «Que todos aquellos, decia, que temen la opresion, acudan á ellos como a un parage sagrado: quiero tambien, y pongo por testigos á los Dioses, que si alguna vez soi injusto, encontreis alli un asilo contra mi voluntad y mi poder.»

¡Y con qué dignidad hablaba este grande hombre á los magistrados y á los jueces cuando conferenciaba con ellos sobre la importancia de sus deberes! «Sí teneis que juzgar

á vuestro enemigo , decia , hallareis un placer entonces, puesto que al mismo tiempo que venzais vuestro encono, ejecutareis una grande accion. Si el favor quiere corromperos , al considerar el premio que se os ofrece , no olvideis la virtud, ni el valor de vuestra propia estimacion. Si se os intimida...
 ¿Pero á quien podriais temer?...
 ¿Sería á mí á quien temeríais desagradar obrando bien? Odiados de vuestro Emperador por que habrias sido justos, seriais grandes, en tanto que yo seria el pequeño y el culpable”

De este modo el espíritu de

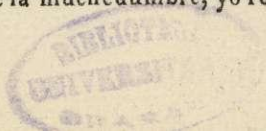
de Marco Aurelio fortalecia en sus funciones á los magistrados y jueces del Imperio.

En su reinado, la justicia no fué venal, ni arbitraria, precipitada, ni lenta; no fué preciso comprarla con presentes, ni conseguirla con importunidades. Un abuso funesto habia multiplicado los dias en que los tribunales estaban cerrados, como si en estos dias, no fuese posible al rico ser injusto, dañar el poderoso, ni el desgraciado sentir la amargura de sus penas: Romanos, se daba tiempo á las disenciones y á los crímenes, y solamente

no lo habia para la seguridad y el órden.

Marco Aurelio reformó este abuso: creyó, que hasta en los dias mas sagrados, la justicia administrada á los hombres, no podia ofender á los Dioses; y el mas santo de los tesoros, que es el tiempo, fué devuelto á la Patria. Ocupado de la administracion general, sabia tambien disponer de algunos momentos para juzgar por sí mismo los negocios de los particulares.

«Filósofo, dijo intempestivamente un hombre que estaba entre la muchedumbre, yo res-



peto y admiro á Marco Aurelio como tú; ¿pero crees que la autoridad judicial no sea siempre temible en el príncipe? «Lo sé, replicó Apolonio; se debe temer que acostumbrado á la marcha del gobierno, no quiera ser á un tiempo el magistrado y la ley; que si providencia solo, no se engañe; que si preside en los tribunales, su autoridad, aun á pesar suyo, no imponga á los jueces, y que la adulacion no posponga la ley á aquel que lo puede todo. Pero estos abusos, que se han dado á conocer muchas veces en tiempo de nuestros

tiranos, son mas bien debidos al hombre que los padece, que es en realidad quien los conserva, y motiva.

El poder de juzgar, en el príncipe tiene tambien sus ventajas, cuando el príncipe tiene virtudes.

Me atreveré á decirlo, entonces está mas cerca del pueblo; ve individualmente la desgracia de los hombres: se habitua á que su pensamiento convenga con la ley; y la voluntad absoluta siempre impetuosa, se acostumbra á llevar un contrapeso que la contenga. Tal era el espíritu de Marco

Aurelio en sus juicios. No me canso de hablar de la justicia de este grande hombre. Le he visto ocuparse muchas noches de un negocio importante que debia resolver: trabajábamos juntos; quise hacerle que descansara; «Apolonio, me dijo, demosejemplo á todos estos hombres ansiosos de placer; y fatigados de negocios que pretenden separar los honores y los trabajos.» No estrañeis este language: es conforme al sistema de un príncipe, que era justo por sus principios, y que, amando á todos los hombres por deber, se ocupaba

igualmente de los intereses de todos.

Aquí el Filósofo se detuvo: se mostró penetrado de un sentimiento profundo y doloroso. Romanos os lo confesaré, dijo, hay una idea que me contrista, y que me ha hecho suspirar algunas veces; es la desigualdad que el orgullo ha puesto entre los hombres. La naturaleza siempre benéfica, había creado seres iguales y libres; ha aparecido la tiranía, y los ha hecho débiles y desgraciados. Un corto número al instante se ha apoderado de todo; ha invadido el universo, y el gé-

nero humano, digámoslo así, ha perdido su herencia. De ahí ha nacido el desprecio insultante y el desden altanero, la dominacion feroz, y la piedad del orgullo, mas cruel todavía que el desprecio.

Correspondia á la filosofía sobre el trono vengar estos insultos hechos á la humanidad. O vosotros, que no sois patricios, ni senadores, ni ricos; pero que sois ciudadanos y hombres, no temo que vuestras imprecaciones secretas se mezclen á las alabanzas con que honro la memoria de vuestro Emperador. Su bondad bené-

fica no veia en todas las clases del estado, sino una sociedad numerosa de hermanos, compañeros y amigos. ¡Cuántas veces le habeis visto enternecerse al aspecto de vuestras necesidades, aliviarlas con su generosidad, y penetrar para conocerlas hasta en el recinto de vuestras familias! Para consolaros en vuestros trabajos, os prodigaba las diversiones y las fiestas; y por el atractivo de los espectáculos, arrancando al pobre de su miseria, suspendia el sentimiento de sus males: se le hacia olvidar al menos por unos instantes, los

bienes de que no gozaba.

En su gobierno el nombre mas obscuro no fué una exclusion á los empleos y á las dignidades del imperio. Para distinguir los rangos, Marco Aurelio consulta á las preocupaciones, para apreciar á los hombres, no los juzga sino por su mérito. Manos encallecidas en el arado han mandado en su tiempo á las guardias pretorianas, y para escoger un esposo á su hija, se ha dirigido á Pompeyano, pobre de ascendencia ilustre, pero rico de virtudes: la alianza con el mérito, decía, no puede deshonar

al árbitro del mundo.

En éste momento Apolonio esparciendo sus miradas por la asamblea del pueblo Romano, divisó á Pertináz: era este un guerrero célebre por sus victorias; y sus prendas recomendables debian elevarlo algun dia al imperio. Acababa de entrar en Roma con una parte del egército, acompañando al cuerpo de Marco Aurelio. Estaba un poco apartado de la multitud, con las manos apoyadas en su lanza y respaldado contra una columna. De pronto dirigiéndole la palabra Apolonio; tú eres, dijo, á

quien yo pongo por testigo ¡ó
Pertináz! No tendrás reparo en
confesar que tu padre habia si-
do esclavo, y murió liberto,
circustancia que te hace mas
digno de mi estimacion. Me
atrebo á recordarte ahora una
desgracia que no te honra me-
nos que á tu emperador. Fuis-
te acusado ; sorprendiose
Marco Aurelio ; y apareciste
culpable. Bien presto fué cono-
cida tu inocencia : y este hom-
bre heroico fué bastantegran-
de para perdonarte el insulto
que te habia hecho. Te nom-
bró Senador y Consul ; hom-
bres que se creian tus ribales,

se atrevieron á decir que la gloria del consulado estaba envilecida por tu nacimiento; y y qué, exclamó Marco Aurelio ¡el eminente puesto de Scipion se habrá envilecido por ocuparle un guerrero que se le parece!

Aquel que premiaba así á los plebeyos ilustres, no podía olvidar la nobleza del imperio; pero queria que sostuviese sus títulos con sus acciones. Si es solamente fastuosa, la desdénia; si tiene virtudes, la honra; si es pobre, la sostiene; no quiere que en una Ciudad corrompida por el lujo, almas cuyo

deber es ser generosas, se abatan á emplear medios vergonzosos para enriquecerse.

Hablando de la proteccion que concedia Marco Aurelio á los hombres útiles de todas las clases ¿puedo yo olvidar ¡ó Romanos! la que nos concedia á nosotros mismos, y á todos aquellos que á semejanza suya cultivaban su razón con el estudio? Yo pongo á los Dioses por testigos de que no es la memoria de un interés personal, la que en este momento es causa de que alabe á mi emperador. Si durante sesenta años no he aspirado á hono-

res, no he solicitado riquezas; si amado de Marco Aurelio, he justificado mi valimiento con mi conducta; si viéndome insultado algunas veces, he correspondido al odio con beneficios, y á la calumnia con mis acciones, tengo tal vez el derecho de hablar de cuanto ha hecho este grande hombre en favor de la filosofía y de las letras. No se si tendrán algun dia enemigos en Roma, no se si la proscripcion y el destierro serán nuestro patrimonio; pero en ningun tiempo se podrá sofocar en nosotros el grito de la naturaleza, que nos

advierde el que los pueblos tienen el derecho de ser felices. Lloremos sobre los males del género humano; y cuando en cualquiera parte del mundo aparezca un príncipe como Marco Aurelio, que anuncie que va á llevar con su persona al trono, la moral y las luces, desde lo interior de nuestras moradas lebantaremos todos nuestras manos al cielo en acción de gracias por este beneficio: al contemplar esto mismo yo quisiera poder reanimar mi voz desfallecida. Marco Aurelio desde lo alto del Capitolio nos dá nueva vida:

todos aquellos que en cualquier parte del imperio aman y buscan la verdad, le cercan con entusiasmo; los estimula, les protege: le habeis visto, aun siendo emperador, concurrir algunas veces á las academias públicas para instruirse; se habria dicho que se presentaba entre la muchedumbre para encontrar la verdad que huye azoradamente de los Reyes. En su reinado eramos útiles; esta gloria nos hubiera bastado: este grande hombre añadió á ella los honores. Ha colocado á muchos de nosotros en las primeras plazas del Im-

perio, y les ha hecho erigir estatuas al lado de los bustos de Catón y de Sócrates. Romanos, si vuestros tiranos pudieran salir de sus sepulcros y aparecer entre nosotros ¡cómo estrañarían hallar sus propias estatuas mutiladas y derribadas en Roma, y verlas substituidas por otras justamente de los sucesores de aquellos mismos que eran perseguidos por ellos, y cuya sangre se derramaba bajo el hacha de los Lictóres!

Marco Aurelio, al recorrer todas las clases de los Ciudadanos, fija su vista en aquellos

que son tan desgraciados que desconocen y no aprecian la virtud. Leyes sabias contienen la inmoralidad, pero la primera ley fué su ejemplo. Su autoridad sonrojó á la molicie las almas débiles adquirieron el valor de la virtud, las ambiciosas tuvieron por interés propio costumbres; aquellos á quienes no puede corregir, los compadece, los censura; pero no puede resolverse á odiarlos. Austero para sí solo, tenía esta humanidad afable tan apropósito para nuestra debilidad. Hombres miserables se atrevieron á ofenderle: des-

deñó una venganza que le hubiera sido fácil, y el filósofo olvidó la injuria hecha al príncipe.

Entonces Cónmodo hizo un movimiento de estrañeza; se notó alteracion en su semblante, y se inflamaron sus ojos. Pareció resuelto á romper el silencio, pero se detuvo; y continuó el filósofo.

La bondad formaba el caracter de este grande hombre; resplandecia en sus discursos, y en sus acciones; se veia gravada en todas sus facciones; qué digo! fué el objeto de su culto: ved este capitolio en donde su

mano le ha levantado un templo. ¡O Dios del Universo, en casi todos los países del mundo te han insultado, aun al tiempo mismo que te adoraban! Por todas partes la superstición bárbara ha tenido sus altares, donde te ofrecía para aplacarte los gemidos y los gritos de las víctimas humanas. Marco Aurelio te invocaba bajo la idea de un Ser benéfico; te daba á conocer á los hombres de la misma manera que estabas retratado en su corazón. No, yo no olvidaré nunca este día, este momento solemne en que un Príncipe, Soberano, Pontífice

y Emperador de su país, entró por la primera vez en este templo dedicado á la Bondad, y fué el primero que incensó sobre el altar, en medio de las aclamaciones y de la alegría de un pueblo que parecia tenerle á él mismo por la divinidad á quien se daba culto. Romanos, fué imposible á vuestros antepasados el condenar á Maulio culpable en tanto que tuvieron á la vista al Capitolio, salvado por este guerrero célebre; y yo hago aquí botos para que la presencia de este nuevo templo, en este mismo Capitolio, contenga á

vuestros emperadores todas las veces que quieran cometer una accion cruel ó tiránica. ¡Pueblos! que todos aquellos que reinen sobre vosotros, vengan á jurar ante este altar el ser buenos como Marco Aurelio; que se acostumbren á pensar como él, puesto que todo beneficio concedido á los hombres es un acto de religion hacia la Divinidad.

En esta asamblea del pueblo romano habia multitud de extranjeros y de ciudadanos de todas las partes del Imperio. Los unos estaban tiempo hace en Roma; los otros habian se-

guido desde diferentes provincias al carro fúnebre, y le habían acompañado como un homenaje que tributaban.

De repente uno de ellos (era el primer magistrado de una Ciudad al pie de los Alpes) levantó su voz y dijo :

«Orador, tú nos has instruido del bien que ha hecho Marco Aurelio á particulares desgraciados, háblanos del que ha dispensado á Ciudades y á Naciones enteras; acuerdate de la esterilidad que ha afligido á la Italia. Oíamos los gritos de nuestros hijos que nos pedían alimento; nuestros campos yer-

mos, y nuestros mercados sin concurrencia no nos ofrecían ya recurso alguno: Hemos invocado á Marco Aurelio y ha cesado el hambre.

Entonces aprocsimándose puso las manos sobre el féretro y dijo: *«Traigo á las cenizas de Marco Aurelio los homenajes de toda la Italia.»*

Preséntase otro hombre en seguida. Su rostro estaba tostado por un sol ardiente; sus formas eran atléticas: era un Africano. Levanta su voz y dice:

Yo he nacido en Cartágo; he visto abrasadas nuestras ca-

sas y destruidos nuestros templos por un incendio general. Libres de estas llamas y hechados muchos dias sobre ruinas y montones de ceniza, hemos acudido á Marco Aurelio; Marco Aurelio ha reparado nuestras desgracias. Cartágo ha dado gracias esta vez á los Dioses de ser Romana.

Se acerca tambien, tocá al féretro, y en alta voz esclama:
•Traigo á las cenizas de Marco Aurelio los homenages del Africa.

Viose despues á tres habitantes del Asia, que tenian en una mano incienso, y en la

otra coronas de flores, Uno de ellos toma la palabra, y se expresa de este modo:

Hemos visto en el Asia que-
rernos abismar la tierra bajo de
nuestros pies, y á nuestros pue-
blos destruidos por un espan-
toso terremoto. Del medio de
estas ruinas hemos invocado á
Marco Aurelio, y nuestras Ciu-
dades han renacido de sus mis-
mos escombros.

Colocaron sobre el féretro
el incienso y las coronas, y
digeron: *«Traemos á las cen-
zas de Marco Aurelio los ho-
menages del Asia.»*

Ultimamente, llama la aten-

cion un hombre de las riveras del Danubio. Llevaba el traje de los bárbaros, y tenía una maza en las manos. Su rostro cicatrizado era fiero, y terrible, pero sus facciones medio rústicas parecían enternecidas en este momento por el dolor. Se acercó y dijo:

«Romanos, la peste ha despoblado nuestros climas: se asegura que ha recorrido el Universo, y que ha venido de las fronteras de los Partos. La muerte estaba en nuestras cabañas, nos perseguía en nuestros bosques; no podíamos cazar ni combatir: todo perecía.

Yo mismo experimenté esta calamidad terrible y no podía con el peso de mis armas. En tal desolacion, hemos invocado á **Mareo Aurelio**; **Marco Aurelio** ha sido nuestro Dios conservador.

Se aprocsimó y puso su maza sobre el féretro diciendo: *«Traigo á tus cenizas el homenaje de veinte Naciones que has salvado.»*

¿Oíis, Romanos? continuó Apolonio; sus desvelos se extendian á todas las partes del mundo. En el espacio de veinte años, la tierra sufrió todas las calamidades; pero la natu-

raleza habia producido un Marco Aurelio.

¡Y este grande hombre ha tenido enemigos! ¿Será preciso, será un decreto eterno que la virtud no pueda nunca desarmar al odio? Romanos, vuestros mejores emperadores han visto los puñales dirigirse contra ellos, ¡Nerva ha sido acometido en su palacio; se ha conspirado contra Tito; Antonino y Trajano han tenido que perdonar á conjurados; y Marco Aurelio, sí, Marco Aurelio ha peleado defendiendo su vida! Veo que estareis ya pensando en la sedicion de Cassio, de

este hombre altanero; osado, austero con furor, voluptuoso con terquedad, queriendo en tanto ser Catilina, y en tanto Catón, estremado en sus virtudes, como en sus vicios; y el bárbaro subleándose, pronunciaba las palabras de virtud y de patria, y hablaba de abusos, de reforma, de costumbres! Sí, en todos los tiempos el bien público ha servido de pretesto al crimen, y cuando mas general ha sido la opresion, mas se ha hablado á los hombres de la felicidad del estado.

Yo quisiera que ahora fuese posible presentaros aquellos

tiempos en que vuestros tiranos descubrian un complot ó triunfaban de una revolucion, Bien lo tendreis presente: la proscripcion era un derecho, la razon de estado justificaba los crímenes; el de un ciudadano servia de pretesto para desconocer la inocencia de sus deudos y amigos: los afectos mas tiernos de la naturaleza se reputaban delitos; se espiaba una lágrima vertida en secreto sobre el cadaver de un amigo; y las madres eran llevadas al suplicio por haber llorado la muerte de un hijo. Es necesario recordar de tiempo en

tiempo estas tribulaciones, para que los Príncipes, por el exceso de su venganza, aprendan á temer el exceso de su poder. Hé aqui cual fué en esta parte la conducta de Marco Aurelio; se le trae la cabeza del usurpador que ha perecido por la mano de sus cómplices; aparta la vista y manda que estos tristes despojos sean enterrados decorosamente. Apriñados los conspiradores, les perdona; salva la vida á todos los que han intentado quitarle el imperio; ; qué digo! conviértese en su protector: el Senado quiere vengar á su prin-

cipe; y este implora el perdón de sus enemigos. «Yo os ruego (les dice) en nombre de los Dioses que no derrameis sangre; que vuelvan los desterrados; que se entreguen los bienes confiscados, y ojalá añadió, ¡qué yo pudiese al abrir las prisiones, abrir igualmente los sepulcros!»

No extrañéis, pues, ó Romanos que la familia misma de Cassio, que en otros tiempos no habria esperado sino la proscripción, ó la muerte, haya recobrado todo el esplendor de su antigua fortuna, Volved los ojos á esta parte. Lo hizo así

el pueblo: vió en la puerta del palacio una muger de figura noble, y cuya belleza aun no estaba marchitada por la edad. Se hallaba cerca de un pórtico, sobresaliendo un poco entre la multitud, y con la cabeza medio descubierta por la separacion del velo que llevaba. En derredor de ella se veian niños de diferentes edades: eran la muger y los hijos de Cassio. Muy distantes de la muchedumbre, no podian oír lo que decia el filósofo, pero presenciaban este grande espectáculo. Algunas veces miraba la madre con ojos enternecidos á

sus hijos; luego tendiendo los brazos hácia el féretro, parecia dar gracias á Marco Aurelio por habérselos conservado. O Pueblo, dijo Apolonio, he aquí los testigos de su clemencia!

Despues de haberlo pacificado todo en Roma, marcha al Asia para tranquilizar las provincias que estaban en agitacion; se presenta en todas partes este Soberano benéfico, este Príncipe filósofo, cuyo gobierno se habian atrevido á desconocer algunas Ciudades culpables. Se le entregan las listas de los rebeldes; las que-

ma sin leerlas: no quiero, di-
 jo, verme en el caso de dar en
 trada al ódio en mi corazón.
 Todo se postra á sus pies; per-
 dona Ciudades y Provincias:
 los Reyes del oriente vienen á
 tributarle homenaje; mantiene
 ó restablece la paz, y hace ad-
 mirar por todas partes una fi-
 losofía que es tan digna del tro-
 no. En fin despues de ocho años
 vuelve á las orillas del Tiber;
 ¡con qué entusiasmo fué reci-
 bido! Nunca se habian visto
 en Roma tantas virtudes en
 una misma persona: unía á
 las luces de Adriano, el alma
 de Tite; habia gobernado como

Augusto, combatido como Trajano, perdonado como Antonino; el pueblo era feliz; el Senado era grande; sus enemigos mismos le adoraban; las guerras exteriores las había terminado con la victoria, la guerra civil con la clemencia; del Danúbio al Eufrates, y del Nilo á las costas Británicas, habían cesado las inquietudes, todo estaba tranquilo; la Europa y el Africa descansaban en paz; entonces triunfó la segunda vez. Los hombres de todas las naciones y los embajadores de todos los reyes, daban realce á esta pompa: la sangre de las víctimas

corría en todos los templos; el incienso humeaba en todos los altares; el pueblo inmediato á sus estátuas le victoreaba con ecsaltacion y las adornaba con flores; por donde quiera resonaban aclamaciones; y él, en medio de tantas celebridades, en la marcha del triunfo, tranquilo y sin ostentacion, gozaba en silencio de la felicidad de Roma, y desde lo alto del Capitolio parecia que hechaba una mirada placentera sobre el Universo. ¿Quien de vosotros, ó Romanos, no hacía entonces votos para que fuese inmortal este grande hombre, ó para que

los Dioses le concedieran al menos una larga ancianidad? ¡Las almas benéficas son tan raras, y la tierra disfruta tan poco tiempo de ellas! ¡Los males nos cercan, nos afligen, y cuando aparece un Príncipe cuyo desvelo es mitigarlos; cuando el género humano atormentado por el infortunio mejora su suerte, y se prepara á la felicidad; desaparece al instante el génio que se la proporcionaba, y con un hombre perece la ventura de un siglo!

Marco Aurelio permaneció todavia dos años entre nosotros, pero los enemigos eternos de

este imperio, le hicieron ir por la tercera vez, al interior de la Germania; entonces, á pesar de una salud delicada, volvió á las riberas del Danubio. En medio de estos trabajos le hemos perdido. Sus últimos momentos (los he presenciado y puedo describirlos) han sido los de un grande hombre y de un sabio. La enfermedad de que fue atacado no alteró su espíritu; acostumbrado, cincuenta años habia, á meditar sobre la naturaleza, llegó á conocer sus leyes y se resignó á ellas. Me acuerdo que un dia me hablaba de este modo: „Apolonio, todo se altera

al rededor de mí; el Universo de hoy no es el de ayer, y el de mañana no será el mismo. ¿Entre todas estas alteraciones, podré yo no experimentar alguna? Es preciso que el torrente me arrastre; todo me advierte que algun dia dejaré de ecsistir. El suelo que me sostiene ha sido hollado por millones de hombres que han desaparecido; los anales de los imperios, las ruinas de las ciudades, las urnas, las estátuas ¿qué es todo esto si no imágenes de lo que no ecsiste? Este Sol que vemos no alumbra mas que á sepulcros”

Asi este príncipe filósofo se

preparaba con tiempo y fortalecía su alma; su última hora no le sobresaltó: yo me reconocía animado con sus discursos. Romanos, la muerte de un grande hombre es magestuosa y augusta; parece que á medida que se desprende de la tierra, toma algo de esta naturaleza divina y desconocida á la cual va á unirse. Yo tocaba sus manos heladas con respeto; y el lecho fúnebre donde él esperaba la muerte, se me figuraba una especie de santuario. Al mismo tiempo el ejército estaba consternado, el Soldado se lamentaba en sus tiendas, la na-

turalaleza aparecía cual si estubiese de luto; el Cielo de la Germania estaba mas obscuro; tempestades agitaban las arboledas de los bosques que rodeaban el campamento, y estos objetos lúgubres parecian aumentar nuestra desolacion. Quiso estar solo algun tiempo, bien fuese para ecsaminar su vida en presencia del Ser Supremo, ó para meditar la última vez antes de morir; en fin, nos hizo llamar: todos los amigos de este grande hombre, y los principales del ejército, se colocaron á su alrededor; estaba pálido, quebrada la vista, y sus labios

medio elados; no obstante observamos una viva emoci6n en su semblante, Príncipe... se mostró reanimado un momento para tí; su mano moribunda te presentó á todos estos ancianos que habian servido á sus órdenes; les recomendó tu juventud: „Servidle de padre, les dijo.” Entonces te dió consejos tales como Marco Aurelio al morir debia darlos á su hijo; y un instante despues, Roma y el Universo le perdieron.

Al pronunciarse estas palabras, el pueblo romano quedó inm6vil y consternado. Apolonio guardó silencio, y corrieron

por sus mejillas abundantes lágrimas. Dejóse caer sobre el cuerdo de Marco Aurelio; lo estrechó mucho tiempo entre sus brazos, y levantándose con precipitación continuó diciendo:

Pero tú que vas á suceder á este grande hombre, ¡ó hijo de Marco Aurelio! ¡ó hijo mio tambien! permite este nombre á un anciano que te ha visto nacer y que te ha tenido en sus brazos; piensa en el grave cargo que te han impuesto los Dioses; piensa en los deberes de aquel que manda, no olvides los derechos de aquellos que obedecen.

Destinado á reinar es preciso que seas ó el mas justo, ó el mas culpable de los hombres: ¿El hijo de Marco Aurelio vacilará en la eleccion? Te dirán que todo lo puedes, y te engañarán; los límites de tu autoridad están en la ley. Te dirán que eres grande y que eres adorado de los pueblos. Escucha: Cuando Neron envenenó á su hermano, se le dijo que habia salvado á Roma; cuando por su órden fué degollada la Emperatriz, se alabó ante él su justicia; cuando hubo asesinado á su madre, se besó su mano parricida, y se fué á los templos

á dar gracias á los Dioses. No te dejes deslumbrar por la sumision y el respeto; si no tienes virtudes, te tributarán homenajes, pero te odian. Créeme, no se engaña á los pueblos: la justicia ofendida está alerta en todos los corazones; Soberano del Universo, puedes decretar mi muerte, pero no obligarme á que te estime. ¡O hijo de Marco Aurelio! perdona; yo hablo en nombre de los Dioses, en nombre del género humano que te se ha confiado; hablo para el bien general y hablo para el tuyo igualmente. Nó, no serás insensible á esta

gloria tan esclarecida. Tóco ya al término de mi vida; bien presto iré á unirme con tu padre. ¡Si has de ser justo, pueda yo vivir algun tiempo mas para que contemple tus virtudes! Si algun dia pudieres....

Repentinamente Cónmodo, que estaba vestido de guerrero, blandió su lanza de un modo terrible. La palidéz cubrió el rostro de todos los romanos; Apolonio presintió las desgracias que amenazaban á Roma: no pudo acabar. Este venerable anciano ocultó su semblante. La pompa fúnebre, que se habia detenido, continuó su

marcha. El pueblo la siguió; pero iba consternado y en un profundo silencio: acababa de comprender que Marco Aurelio habia descendido para siempre al sepulcro.

PROVERBIOS.



El tiempo perdido jamás se re-
pone.

No hacer algo, es no vivir.

Lo que se hace de prisa, rara
vez sale bien.

Para acertar no hay mas que
un camino, y para errar hay mu-
chos.

Mas sábios suelen formarse con
el auxilio de la naturaleza y la es-
periencia, que con el estudio de
las ciencias.

La esperiencia es un maestro
muy costoso.

El loco tiene el corazon en la
lengua, y el cuerdo tiene la len-
gua en el corazon.

De nada debiamos saber mas

que de sufrir, por que desde que nacimos lo estamos aprendiendo.

Mas dificil es soportar grandes desgracias, que hacer grandes cosas.

Llevando las cosas al extremo, hasta la virtud degenera en vicio.

Muy apreciable es la sabiduria de aquel que sabe que ignora todo lo que no sabe.

El que se empeña en parecer lo que no és, descubre lo que és.

La ignorancia tiene un remedio, pero la presuncion ninguno.

Muchos hay que en todo se meten, porque no son capaces de ocuparse en nada.

El que habla mucho, sabe poco.

Para adquirir crédito se necesita de muchas obras buenas, y para perderlo basta una mala.

No es lo mismo ser justiciero, que justo.

Con equivocacion se llama hombre de bien al tonto ó flojo, que si no hace mal es por falta de talento y de actividad, y que por lo mismo tampoco hace bien.

Entre un juez malo y otro ignorante no hay diferencia alguna.

El siglo mas bárbaro no es el de mas impetu en sus deseos, y sí el de mas falsedad en sus principios.

El que manifiesta gran celo en castigar á los malos, y no le tiene igual en ayudar y proteger á los buenos, seguramente no es de estos, porque de una misma raiz de bondad nacen ambas virtudes.

El que tiene por qué callár, debe estudiar mucho lo que ha de hablar.

Tanto quanto nuestras acciones

tienen de recatadas y misteriosas, otro tanto tienen de sospechosas.

La virtud no teme á la luz ni por consiguiente huye de ella.

Hay épocas en las cuales para ser felices conviene parecer tontos y pobres.

Después de temer á Dios, se debe temer á los que no le temen.

El que se hace temer de todos, á todos debe temerles.

El que desconfía de todos, no es digno de que nadie se fie de él.

El que es incapáz de amistad, tiene mas de bestia que de hombre.

Fiarse de todos, y no fiarse de nadie son dos vicios.

El que quiere ser feliz con los demás, será ayudado de todos, el que quiera serlo él solo, los tendrá á todos de enemigos.

Aquel príncipe no es grande
cuyos criados son muy poderosos.

Menos dañosa es una injuria,
que una lisonja.

Hacer injuria el mas ruin pue-
de, pero sufrirla y perdonarla,
solo el de ánimo generoso.

Nada hay mas bajo y vil, que
ser altivo con el humilde.

El talento que se hace aborre-
cible, es una verdadera tontería.

Nadie nace libre de defectos,
y el mas perfecto es, el que me-
nos tiene.

La sociedad se destruiría, si la
fisonomía de todos los hombres
fuese una misma.

Niuno es eminente en todo,
ni todos son para todo.

Nadie tiene poder de hacer
bueno lo que es malo, ni malo lo
que es bueno.

La virtud debe ser comun al
labrador y al monarca.

Cuando el vicio se aprueba, no
hay esperanza de virtud.

Mas distancia hay de la virtud
al vicio, que del vicio á la vir-
tud.

Mas fácil es hacer llorar, que
hacer reír.

Siempre es tarde cuando se
llora.

La sabiduria y la virtud, son el
mejor adorno en la prosperidad,
y el mejor refugio y consuelo en
la adversidad.

La educacion es otra natura-
leza.

La buena moral es de todas las
ciencias la mas interesante.

Dudo que un hombre juicioso,
quisiera volver á ser jóven, del
mismo modo que lo habia sido.

Gran cordura es saber escoger
de los males el menor.

Mas vale mudar, que empeorar.
Es necedad querer corregir un
error con otro.

Gran prudencia es sacar de los
yerros ajenos, aciertos propios.

Necedad es comprar con ries-
gos, lo que puede disfrutarse con
quietud.

Causa es de perder lo seguro,
el procurar lo incierto.

Para enemigo, hasta un mos-
quito es malo.

Ninguno desea mal al que des-
precia, si no es cuando éste pue-
de despreciarle á él.

No se escoje un confidente, mas
que para tener un adulator.

La amistad quebrada, nunca se
suelda bien.

El no tener ningun enemigo,

es de ordinario prueba de no haber hecho ningun beneficio.

Aquel que nos dá algo, nos quita siempre alguna cosa.

El que recibe beneficio, vende su libertad.

El precepto difícil del Evangelio que dice: *benefacite iis qui oderunt vos* le observan los aváros porque adquieren y amontonan riquezas, para los que les desean la muerte.

El que toma dinero prestado sin contarle, no tiene ánimo de pagarlo.

De cualquiera edad debe ahorrarse al ladron: si es viejo por lo que ha robado, y si es jóven para que deje de robar.

La vergüenza no se pierde mas que una vez.

El malo, si es chiquitillo,

es peor, ó pésimo.

La inmoralidad produce delitos, y la impunidad los fomenta.

Es fatalidad que en los tribunales no sean una misma cosa la razon y la justicia.

Medias verdades son mentiras completas, y se demuestra principiando el credo en Poccio Pilatos.

El mayor contrario de la justicia, es la violencia.

Al que manda mucho, se le obedece poco.

La discordia debilita al mayor poder.

Los mayores héroes se hicieron su linage.

Cuanto mayor fuéres, de mas necesitarás.

El que se manifiesta grande en

las desgracias, prueba con ello que no las merece.

El que menos desea, es el mas rico del Universo.

De la pasion ó vicio dominante, son víctima los demas.

Para enriquecer se necesita tener dos pocos, y dos muchos, poca vergüenza, y poca conciencia: mucha codicia, y mucha diligencia.

El amor propio arreglado es el origen de las principales virtudes, y en desorden, la causa de los mayores vicios.

Muy pequeño corazon tiene el que todo lo aplica á su propio interes.

El que descubre á otro su secreto, no deberá quejarse de éste, si publica lo que él no ha querido callar.

El secreto en la guerra, es media victoria.

Arma mas cruel es la lengua, que la espada.

Tan útiles son los públicos enemigos, como los verdaderos amigos; porque estos nos invitan á obrar bien, y aquellos nos impiden obrar mal.

Las leyes se hicieron para los hombres, y no éstos para aquellas.

El pudor debe conservarse mas, en los momentos mismos destinados á perderle.

Por donde hay peligro no es prudencia marchar uno el primero: conviene dejar que otro vaya delante.

Nadie es temerario cuando no le ven.

Enojarse es castigarse á sí pro-

pio por las faltas ajenas.

Al que abunda en razones para hacer creer una cosa que no la exige, debe tenérsele por sospechoso.

Para no creer mas que lo verdadero, es preciso estar siempre dudando.

Dejando conocer que tememos ser engañados, provocamos á que nos engañen.

El hombre y la muger cuando se casan prometen amarse siempre; mas racional sería que prometieran agradarse.

Por bien que hable la muger, le está mejor el callar.

Mas debe temerse á una muger hermosa, que á una docena de feas.

Entre el sí, y el nó de la muger, no cabe la punta de un alfiler.

Honesta cosa es solo una vez ser viejo.

Debe temerse á la vejez, porque nunca viene sola.

La muerte en los mozos es naufragio, y en los viejos tomar puerto.

La muerte es una accion de la vida y la mas fácil.

El principio del deleite, es el primer paso hacia su fin.

Facilmente congenian y se amistan los tocados de un mismo vicio; menos los soberbios, porque estos no pueden amarse, ni sufrirse uno á otro.

Jamás debe esperarse que un soberbio sea agradecido, porque siempre juzga que recibe menos de lo que se le debe.

El que se queja de la soberbia de otro, indica estar po-

seido del mismo vicio.

El mejor remedio para la cordedad de vista, es la envidia.

Para reprehender con dignidad, es necesario ser irreprehensible.

La gravedad en el tonto es la seriedad del burro.

Todo el que pareca tonto lo és, y la mitad de los que no lo parecen.

Los necios dicen necedades, y los sábios las ejecutan.

